

—¿Has notado algo?

—Sin vanidad, yo lo observo todo...

—Verdaderamente, creo que el pobre Roger está muy enamorado de ella... y yo lo apruebo.

—¿Cenoceis bien á esa joven?

—Sin duda, ¿por qué lo preguntais?

—Por nada, por curiosidad. ¿Y su familia?

—No la tiene.

—Ni una hermana...

—Ninguna.

—¿La ha perdido acaso?

—No le ha tenido nunca.

—¿Estáis cierta?

—Completamente.

El conde hizo un gesto de admiración.

—Es sorprendente—dijo.—No sé lo que digo... Debe ser esa música endiablada que me turba la cabeza.

La marquesa de Lignerés, en efecto, tocaba furiosamente el piano.

Exasperada por la idea de que su hijo se uniese á una expósita como Maria Magdalena, maduraba sus planes, y mientras tanto, desahogaba su odio y su cólera golpeando á más no poder sobre el miserable instrumento.

Aquel ruido espantoso despertó á monsieur Godet, que hacía dormitando la digestión, tendido muellemente sobre un diván: levantóse y dirigiendo una mirada rabiosa á la concertista, que no le veía, salió tapándose los oídos y se encerró en su cuarto.

Roger de Lignerés siguió su ejemplo, pa-

ra evitar las homilias de su madre. El conde besó en las mejillas á su tía y se retiró á su vez. Ultimamente la señora de Lignerés, advirtiendo que su auditorio se había dispersado, abandonó el taburete y después de cambiar algunas palabras con la duquesa, se retiró como los demás.

La duquesa de Maillepré quedó sola, y se puso á pasear por el salón, espléndidamente iluminado, pensando en la situación de las dos jóvenes que tenía bajo su amparo.

Al poco tiempo abrióse una puerta disimulada por la tapicería y se oyó una voz que preguntaba:

—¿Estáis sola?

La duquesa se volvió con un movimiento rápido.

—¿Sois vos, Blanca?

—Sí.

—¿No estabais en vuestra habitación?

—Sí; pero he salido.

—¿Por qué?

La joven se acercó con resolución.

—Porque quisiera hablaros...

—¿A mí? ¿Con qué motivo?

—Escuchadme: os lo voy á decir.

XIV

Madre é hija.

La señora de Maillepré observó un momento el semblante de su hija, admirándose de aquel atrevimiento.

Estaba acostumbrada á los caprichos de

aquella niña, á su carácter sombrío, irritable y visionario; pero nunca la había oído expresarse en aquel tono firme y casi rebelde.

—¿Qué tienes?—le preguntó.—Nunca te he visto así.

—En efecto—dijo Blanca sordamente;—pero llegan instantes en que falta la paciencia, en que el esfuerzo es demasiado, en que el secreto pesa tanto que no se puede sufrir. Yo estoy en este caso, y por eso me he decidido... y como no conozco á nadie que pueda decírmelo más que vos, vengo á preguntároslo.

—Pero ¿qué me preguntas?

—Lo que quiero saber.

Blanca llevó el pañuelo á los labios, tan ardientes y secos que apenas le permitían hablar. Le acometió un golpe de tos, y la duquesa, cogiéndola en sus brazos, la llevó al diván que Mr. Godet había abandonado poco antes.

—Veamos—dijo asustada,—aquí sucede algo extraordinario y quiero saberlo á mi vez. Habla.

Blanca movió la cabeza y respondió bruscamente:

—No sucede nada nuevo. Sufro, es verdad; pero mi sufrimiento viene desde que que tuve uso de razón. Así es que quiero concluir de una vez; conocer la verdad que se me oculta... ¿Quién soy yo?—dijo mirando de frente á la duquesa.

Como ésta, en su estupor, no acertase con la respuesta, Blanca siguió diciendo:

—¡Oh! Sé lo que vais á contestarme, lo de siempre: que soy hija de Susana, de padre desconocido; que Susana no ha querido decir el nombre de su amante; que murió hace mucho tiempo, y otras invenciones por el estilo. Pues bien, es inútil, os lo prevengo. No se me engañará más, y si os he de ser franca, no se me ha engañado nunca... ¡Susana mi madre!... ¡No, eso es mentira!

—¡Blanca!—murmuró la duquesa.

—No, Susana no es mi madre... Pero, ¿quién es? Eso es lo que yo continuamente me pregunto sin poder responderme. Y eso es lo que vos debéis saber.

La señora de Maillepré, turbada, sorprendida por aquella explosión de cólera más que de dolor, tuvo un instante de desfallecimiento y estuvo á pique de descubrirse. Pero el tono altanero é irritado de su hija le devolvió su sangre fría.

—¿Y creéis que debéis dirigiros á mí?... ¿Por qué?

—Porque algo me dice que teneis la clave de este enigma; porque creo que si quisiérais podíais aclarar estas tinieblas de mi espíritu; porque á veces he creído adivinar que sentíais algún afecto por mí; porque, en fin, sois buena y con una sola palabra podíais sostenerme, consolarme, salvarme quizás...

—¿Salvarte?—dijo la duquesa repitiendo aquellas palabras, que aunque dichas por lo bajo llegaron distintamente á su oído, despertando su ternura maternal.—¿Salvarte?... ¿Corres algún peligro?

—No sé; pero la verdad es que me siento triste hasta más no poder.

—¿Tú?...—dijo la duquesa atrayendo á la joven hacia sí.—Pues ¿qué te falta?

—Todo, puesto que no tengo familia.

La duquesa la abrazó.

—¿Y yo?—le dijo.—¿Es que yo no soy nada? ¿Es que consiento que te falte algo? ¿Tienes caprichos que no puedes satisfacer? ¿No puedes contar conmigo para todo?

—No sois mi madre... Me otorgais la limosna de vuestro cariño, lo cual es mucho, sin duda, puesto que nada os obliga, y yo os lo debo agradecer; pero... ¿Queréis que os lo confiese todo?

—Habla: ten confianza en mí, que no te abandonaré nunca.

—¿Me amais verdaderamente?

—¿Puedes dudarlo?

—Eso es lo que os iba á confesar... Sí, dudo de todo; de vuestro cariño, del de Susana....

—Dí de tu madre.

Blanca continuó, sin pararse en esto.

—De todos, sin excepción. No he encontrado hasta aquí mas que una amiga, una sola... ¡pero hace tan poco que la tengo!...

—¿María Magdalena?...

—Sí; nuestra situación es la misma... Cuando veo á los demás, me parece que me humillan con sus miradas... hasta los pobres, hasta los criados. ¿Qué soy yo para ellos?... Una bastarda... una hija sin padre... Blanca Carol. Si Susana fuese mi verdadera madre, la querría... Y no la quiero, aunque

hago por quererla, porque me engaña. Y, como ella, me engañan todos aquí... ¡hasta vos misma, que no queréis decirme la verdad!

Y se levanto, diciendo con inmensa amargura:

—Os dejo. Ya veo que nada conseguiré... Si me amais, como decís, debíais tener piedad de mí; porque creed que, desde hace dos años, vivo en un martirio.

La señora de Maillepré lo sufría también y en su hermoso semblante aparecían las señales del abatimiento de su alma, que podían hacerle traición ante aquella niña á quien quería ver dichosa; pero en cuyo obsequio no se resolvía á sacrificar su honor.

Si Blanca se hubiese arrojado á sus pies suplicándole con el acento del dolor, la duquesa no hubiera tenido fuerzas para resistir; pero aquello era una lucha más que una confidencia entre madre é hija.

—Ya veis—añadió la joven triunfante—que existe un misterio, puesto que á pesar de lo que he dicho, no os atrevéis ni á echarme ni á contestarme.

La duquesa se enderezó, y mirando fijamente á su desgraciada hija, le replicó:

—No sabéis lo que decís. Si callo, es porque me pregunto con dolor hasta dónde llegará vuestra ingratitud. Desde vuestro nacimiento he tenido cuidado de vos, sin dejar un solo día de velar por vuestra juventud, queriendo haceros el presente feliz y sin privaciones y aseguraros el porvenir. No tenéis nada que temer de la miseria. Hay muchos

ricos envidiados que no tienen una situación como la vuestra... Porque cuando la duquesa de Maillepré protege á una joven como vos, es para darle una fortuna. Decís que existe un misterio en vuestro nacimiento... Yo no necesito saber nada... Quiero á vuestra madre... os quiero por ella... y quizás por otras razones...

—Decidlas, pues.

—No puedo. Es un secreto. Llegará día en que lo conozcáis.

—Muy tarde, tal vez.

—¿Qué queréis decir?

—Puesto que vos os calláis, ¿por qué he de hablar yo?

—Sois cruel, Blanca.

—¿No lo son conmigo?

—Acabemos. Comprendo que estéis descontenta de vuestra suerte, y por eso os perdono.

Y cogiendo las dos manos de su hija, la estrechó contra su pecho.

—Miradme—dijo—es preciso que mi afecto hacia vos sea muy profundo, puesto que tolero lo que otras considerarían como ultrajes. ¿No os basta esto para que estéis segura de mi amistad y de mi protección?

La joven guardó silencio, y la duquesa continuó:

—¡Habláis de misterio! Si por acaso existiese, ¿os atreveríais á condenar á una madre que sufriera la tortura de no conocer á su hija, obligada á ello por el honor?

Blanca no despegó los labios.

La señora de Maillepré, presa de gran

agitación, estrechaba contra su pecho las manos de su hija, que al cabo de un instante preguntó con tono impasible:

—¿Es eso todo lo que me respondéis?

—Todo, si.

—¿Susana es mi madre?

—¿Llevaríais su nombre si no lo fuese?

—Bien.

Y desasiéndose de las manos de la duquesa, Blanca salió lentamente, cerrando la puerta detrás de sí.

Cuando la señora de Maillepré quedó sola, murmuró con desesperación, cubriéndose la cara con las manos:

—¡Me odia, Dios mío! ¡Qué expiación!

Blanca en tanto volvía á su cuarto descontenta, henchida de rencor, diciendo á su vez con acento iracundo:

—Nunca sabré nada.

Y en la oscuridad de sus dudas, solo veía un punto luminoso: la idea que se había posesionado de su espíritu hacía tiempo, fija como una pesadilla:

—¡Si fuese ella!

Ella, es decir, la duquesa, á quien acababa de interrogar, sin más resultado que la negativa de siempre.

Blanca presentía su secreto, y sentíase halagada en su orgullo; pero las vacilaciones de la duquesa le hacían vacilar á ella.

Si era su madre, ¿por qué renegaba de ella? ¿Qué fuerza la obligaba? Para la desventurada joven todo era oscuridad é impotencia: únicamente sacaba en claro de todo que la señora de Maillepré conocía el secre-